

## LUIS VEUILLOT Y EL PERIODISMO CATOLICO

El presente artículo del señor Interventor en nuestra Facultad, doctor José A. Oria, nos ofrece la recia figura de Luis Veuillot con trazo firme y seguro, como ejemplo para nuestro apostolado intelectual. Fué leído en la Tribuna Radial de "El Pueblo", el viernes 10. del corriente mes.

Siempre hay motivos para recordar a figuras como la de Luis Veuillot, aun fuera de las conmemoraciones periódicas impuestas por el rodar de los años y las leyendas de los almanaques.

Después de los homenajes del centenario del nacimiento, en 1913, y al cumplirse el cincuentenario de la muerte, en 1883, reiteradamente, al azar de las evocaciones o con el comentario de las obras siempre releídas o en trance de reimpresión, la figura dominante del gran escritor católico surge por doquier en el campo de las letras francesas y en la explicación forzosa del resurgimiento de los valores espirituales en la sociedad contemporánea.

Entre nosotros, y en estos últimos años, don Juan P. Ramos lo estudiaba magistralmente, en conferencia dictada en los cursos de Cultura Católica.

Refiere el mismo Veuillot, con primores de modestia y de estilo, que gozó no poco cierta vez que visitando un convento de Pouliguen, después de librar por más de treinta años el buen combate, en puestos de peligro y frente a adversarios igualmente célebres, las buenas hermanitas confesaron paladinamente ignorar hasta el nombre del periodista que tanto las había defendido.

¿Ocurrirá hoy otro tanto? ¿Será necesario, ante católicos, explicar quién fué Louis Veuillot?

Probablemente, no; pero ante la honrosa invitación de ese decano, en Buenos Aires, del periodismo practicado en Francia por Veuillot, la personalidad del gran polemista se ha impuesto ante mí como tema de esta disertación.

El mismo ha referido en página inmortal la modestia del ambiente en que le tocó nacer: "Había una vez, no un rey ni una reina, sino un obrero tonelero, que no poseía en todo el mundo otro capital que el de sus herramientas, llevadas a la espalda, a través del lodo, en invierno, bajo el ardor del sol, en verano, y que iba a pie, de ciudad en ciudad y de campaña en campaña, para ocuparse en fabricar y recomponer toneles, tinajas y jarros; deteníase en todas partes donde hallaba trabajo y volvía a partir en cuanto le había puesto término".

Durante sus andanzas vió en un villorio, "en la ventana de humilde casa a una robusta joven que trabajaba entonando una canción hogareña". Esa visión, nada romántica, fijó momentáneamente sus pasos, aquellos dos seres laboriosos unieron sus vidas y el primer hijo de ambos fué Luis Veuillot.

No eran, como se complace en decirlo nuestro escritor, "ni un rey

ni una reina". Però el hijo nacía predestinado a figurar entre los grandes del espíritu y entre los príncipes de las letras.

Grandeza y principado que él debió conquistar, a punta de pluma — pluma que valía tanto como una espada —, y con reciedumbre de voluntad, asistido de gracias especiales y sostenido en la lucha de casi toda su vida por una fe sin desmayos.

Los padres eran probos y laboriosos, pero poco menos que indiferentes en materia de religión. Creció el niño sin casi oír hablar de Dios, ni conocer otras oraciones que las pocas e incompletas enseñadas por la madre.

El instinto de las letras, más que la escasa instrucción recibida, hacen de aquel muchacho, primero, un escribiente, en la notaría de Germán Delavigne; poco después, en 1830, un secuaz de las batallas románticas.

Otras batallas, harto más reales, contribuyeron sin duda a abrirle los ojos. En ese mismo año, el chiquillo de menos de dieciocho, entraba en las Tullerías con las bandas callejeras que derribaron a Carlos X y veía con indiferencia de pilluelo parisiense los desmanes cometidos contra el trono y el altar.

El espectáculo de la estrechez nativa, la muerte del padre, sin haber gozado de las comodidades de la vida y de los consuelos de la religión, pudieron hacer de él un rebelde implacable. Otro fué, a Dios gracias, su destino.

El gobierno que ha contribuido a entronizar le tiende puente presupuestivo que pudiera bastarle. Pero el precoz revolucionario no se aviene con los ideales alimenticios que a otros satisfacen.

Hace periodismo en provincias, sirve a Guizot de sostén y a Bugeaud de secretario.

Finalmente, en viaje a Roma lo convierte al catolicismo integral, en momentos en que los enemigos de la Iglesia predicen la desaparición de ésta a breve plazo.

Recomenzaba contra el Papado la lucha iniciada un siglo antes por los enciclopedistas. Augier y Dumas, en el teatro, los Parnasianos en la poesía, realistas y naturalistas en la novela, Michelet, Quinet y Renán en la cátedra, libran, en el segundo tercio del siglo XIX, la batalla a la cual, poco menos que solo y no siempre bien comprendido, deberá hacer frente Veulliot en la vanguardia del catolicismo.

Años después, en su atardecer de atleta fatigado, recordaba Veulliot, ante Tavernier, algunas de las peripecias vividas: "Los jóvenes católicos de hoy son afortunados. Cuando Lacordaire y Montalembert comenzaron la lucha por la libertad de enseñanza, y, luego, cuando mi hermano y yo entramos en la batalla, la Francia creyente parecía un desierto". Y añadía, con razón: "Hoy, el desierto se ha poblado. En él se agita una multitud, llena de vida, desbordante en obras". Y es justo decir que en ese resultado le cabe a Veulliot parte principalísima.

Frente a los gobiernos cambiantes y a los adversarios innumerables, cúpole a Veulliot la honra de representar a principios inmutables y a la Iglesia de Roma.

Pudo tener en contra, como le ocurrió más de una vez, a correlegionarios que consideraba descarriados y a prelados momentáneamente hos-

tiles, pero mereció se dijese de él que tuvo siempre de su lado "al Papa y a la gramática".

Católico a macha martillo, acató la autoridad de Roma, a la sombra de la cruz. Escritor autodidacto, que modelaba con ardores románticos de hombre de su tiempo una frase clásicamente dispuesta, pudo hacer frente a los más grandes escritores de su época sin resultar inferior a ninguno de ellos.

Alentábale, más que la confianza en el propio talento polémico, la fe en la bondad de su causa.

Todo contendor intelectual puede hallarse momentáneamente en inferioridad de condiciones, tal como ha ocurrido con los duelistas más famosos y con los boxeadores profesionales.

Lo que sostenía a Vuelliot, frente a los polemistas más temibles — About, Rochefort, Hugo, Augier, Schérer —, era la certeza de representar él, autodidacto, hijo del pueblo, hombre sin influencias políticas, a una causa que no podía ser vencida.

El sentirse no menos fuerte por el sostén de la cruz de lo que lo resultaron aquellos mártires que, abrazados a ella, afrontaron todos los peligros y ofrendaron su vida como un ex voto más depuesto ante el altar del Nazareno.

La comparación no es excesiva si se recuerda el destino corrido en Francia por los arzobispos de París, monseñores Affre y Darboy, durante las revueltas de 1848 y 1871.

También las oficinas de "L'Univers" — el periódico de Vuelliot —, fueron asaltadas por gentes dispuestas a todo, menos a la comprensión del adversario.

El honor, uno de los honores, cuando menos, de Luis Vuelliot, consistió en ser católico, en momentos en que el serlo acarreaba bastantes más inconvenientes que ventajas.

Era periodista y el mismo Imperio que ha contribuído a sostener cierra "El Universo", la tribuna y el instrumento de trabajo de quien fué siempre periodista.

Rechaza la compensación que el gobierno imperial le ofrece y se niega a colaborar en revistas, como "La Revue des Deux-Mondes", con cuya orientación disiente, a pesar de ofrendársele en ella retribución máxima y las perspectivas académicas que para tantos otros proyectaba la vieja e influyente publicación.

En el papel de polemista, de guerrillero siempre en acción y en puestos de peligro asumido por Vuelliot, aparecen muchos de los rasgos que caracterizaron a los otros combatientes que, en igual siglo, sin medir las fuerzas del adversario, pero con heroico aliento, se echaban a los caminos, con el escapulario al pecho y una vieja escopeta al hombro, a combatir a los ejércitos hasta entonces reputados como invencibles.

Hijo del pueblo, del pequeño, del menudó pueblo de los menestrales, Luis Vuelliot toma en sus manos el instrumento de combate por excelencia del siglo de las luces: la imprenta. Sus adversarios serán todo, o casi todo, lo que las letras y las universidades de Francia contienen de

más célebre y oficialmente sabio. Durante casi cuarenta años el hijo del tonelero, el ex galopín de los charcos parisienses se medirá sin desventaja ni desánimo con los grandes de la tierra y del Parnaso, y al final del siglo se verá que este David, este hondero del periodismo había vencido en influencia y en talento a los mastodontes de la imprenta, a los sabihondos de la cátedra atea y a los turiferarios de la diosa Razón.

¿Cómo ha podido llegar a ese resultado un periodista, es decir, un improvisador por oficio?

Veillot mismo, al definir "al verdadero periodista", se encargará de decírnoslo: "En la combinación de talentos, de cualidades y de necesidades indispensables para formar a un verdadero periodista, entran ciertos ingredientes morales que lo convierten en el más útil y desinteresado de los sostenes del partido al cual sirve. Nada puede reemplazar a un periodista capaz y convencido. El es quien está siempre en la brecha librando oportunamente, a veces sin consejos, a veces contra la voluntad de los jefes, no los golpes ruidosos, sino los eficaces. Obliga a marchar a los rezagados, conforta a los tímidos, contiene a los temerarios; vena las heridas, estimula a los vencidos, hace comprender sus errores a los equivocados y los ayuda a repararlos... Más que los otros, por obra y gracia de su posición secundaria y casi oculta, se eleva por encima de las antipatías personales; contiene, si es preciso, sus simpatías: el tintero del cual fluye para tantos otros la fama, es liberal para todos, menos para él mismo... A fuer de ver cómo se hace para tantos la gloria, el periodista termina por despreciarla".

Y he aquí por qué Veillot no sintió herida alguna cuando las buenas monjitas de Pouliguen manifestaron desconocer la personalidad de su visitante.

Poner la gloria y el éxito de la causa que se defiende por encima de la propia gloria y del propio éxito, es indispensable para hacer algo grande en cualquier terreno y más, si cabe, en el periodístico.

También por eso, aquel combatiente de tantos combates ilustres y ardorosos podía declarar al fin de su vida que no había necesitado "incluir diez veces, entre los temas de confesión", alguno de los miles de artículos que había escrito, y que jamás, absolutamente nunca jamás, había tenido por qué acusarse de haber impreso una mentira.

En este aspecto moral del talento reside siempre la grandeza de los hombres que ejercen una función pública.

Servir a una causa, y no servirse de ella, ser periodista como se sería combatiente patriota, y no "condottiero" venal, confieren al que así entiende su misión una seguridad de intención y un aliento combativo que duplican las fuerzas poseídas.

Ofrece el siglo XIX, siglo de periódicos y periodistas, un conjunto en el que no faltan, por cierto, los grandes talentos. Pero mientras el ingenio y el estilo aparentes de algunos se desvanecen en el pasado, las figuras de otras se agrandan con el correr del tiempo: dos de ellos, Balmes y Veillot, muestran lo que el talento individual gana puesto al servicio de los grandes principios y de las verdades del catolicismo.